

LA SECRETA OBSCENIDAD DE CADA DÍA

Entra Sigmund a escena. Vestido como una caricatura de exhibicionista. En el centro del escenario un banco, blanco, de parque. Una especie de plazuela que se podría identificar con una calle del bario alto de Santiago de Chile. Recorre Sigmund la escena buscando a alguien, con cautela, mira hacia el frente una y otra vez, donde se supone que está el liceo de niñas del cual esperará la salida. Luego se sienta en el banco y espera relamiéndose. De pronto entra Carlos, también vestido de exhibicionista. Sigmund se levanta asustado tratando de esconder sus piernas desnudas tras el escaño. Carlos se pone lentes oscuros y se sienta intentando también ocultar sus rodillas. Sigmund se desliza hacia el otro lado del banco y se sienta. Pausa.

SIGMUND: (Carraspea). ¿Usted tiene una niña en este colegio?

Pausa

CARLOS: Hace mucho rato que debe haber comenzado la ceremonia ¿O no?

Pausa

SIGMUND: Lo que le preguntaba era si usted era apoderado de alguna niña del colegio...

Pausa

CARLOS: No...

SIGMUND: Ah... O... Si era algo de alguna de ellas ¿No?

CARLOS: No... ¿Y usted?

SIGMUND: ¡Yo!... Bueno, en cierto modo... Sí...

CARLOS: Ah... ¿Y en cierto modo no?

SIGMUND: ¿Por qué lo supone así?

CARLOS: No sé. Se me ocurrió...

SIGMUND: Ah, ya...

CARLOS: No creo que sea bueno que me mire... Tanto.

SIGMUND: Cierto, pero es que...

CARLOS: ¿Es que qué?

SIGMUND: Es que pensaba que el otoño no es una estación tan calurosa como para andar sin pantalones.

CARLOS: Cierto, ni tan fresco como para andar con impermeable.

SIGMUND: Sí, es verdad, pero usted sabe... El otoño es tan traicionero. A veces llueve sin previo aviso...

CARLOS: Sí, pero hoy no hay una sola nube en el cielo.

SIGMUND: (Mirando al cielo). Vaya, vaya, y yo que no me había percatado siquiera ¿Se da cuenta?

CARLOS: Y pensar que hoy parecía que iba a llover a cántaros.

SIGMUND: Sí, en la mañana estaba nublado.

CARLOS: No estaba nublado.

SIGMUND: ¿No estaba nublado?

CARLOS: No.

SIGMUND: Entonces ¿por qué dijo lo que dijo?

CARLOS: No sé, fue un presentimiento.

SIGMUND: Mmmm... Rara cosa...

CARLOS: ¿Qué cosa?

SIGMUND: No, nada...

CARLOS: Mmmm...

SIGMUND: Mmmmmm...

Pausa

SIGMUND: En realidad lo que yo me preguntaba era por qué remota causa usted hoy andaba... Sin pantalones.

CARLOS: Curioso... Yo me preguntaba lo mismo por usted.

SIGMUND: Cierto, es curioso... Pero yo pregunté primero.

CARLOS: Sí, bien, verá... Lo que pasa es que tuve un accidente. Los pantalones se me rasgaron...

SIGMUND: (Con placer). ¿En el entrepiernas?

CARLOS: (Risitas cómplices). Como una sandía.

SIGMUND: Con toda la carne roja al descubierto...

CARLOS: Con las pepitas y las semillitas... Pero... (Se ponen serios)... Fui donde mi tía Frieda. Ella vive aquí cerca, en la calle del restaurant francés, y como tiene un apartamento de un solo ambiente, mientras me zurcía el pantalón decidí salir a dar una vuelta con el impermeable de mi tío Herbert...

SIGMUND: (Irónico). Su tío Herbert ¿Ah? La suerte suya, tener tíos tan buenos... Y que vivan tan cerca...

CARLOS: Pero yo también le pregunté a usted...

SIGMUND: ¿A mí?

CARLOS: Sí, a usted.

SIGMUND: Bueno, yo, este que... Lo que pasa es que no, yo no ando sin pantalones, ¿Sabe? Yo ando con shorts deportivos. Yo troto en las mañanas. Jogging, eso hago, jogging. Yo troto y como no tengo buzo me pongo el impermeable. Es mi tenida deportiva, usted se engaña. Yo troto todas las mañanas aquí por el barrio Pedro de Valdivia Norte, por Costanera y como el banco me queda justo en la mitad del camino, me siento y descanso. Trote en dos tiempos se llama. Usted debe de haber leído sobre eso, es muy bueno para el corazón... El jogging...

CARLOS: Qué extraño...

SIGMUND: ¿Qué tiene el jogging de extraño?

CARLOS: No se le ve asorochado ni se le escucha jadear...

SIGMUND: (Ansioso). Bueno, es que... Es que...

CARLOS: Ah, sí... Lo que pasa es que corrió pero ya debe de haber descansado lo suficiente, eso es.

SIGMUND: Sí, claro que sí, corrí y ya descansé lo suficiente, eso es.

CARLOS: Entonces... ¿Se va?

SIGMUND: (Rabia contenida). Su tía Frieda ya le habrá zurcido el pantalón, me imagino...

CARLOS: Tal vez...

SIGMUND: A demás que debe de tener vasta experiencia si le zurce pantalones todos los días del año escolar, como creo ¿No?

CARLOS: Puede ser... Y usted, si tanto corre por aquí... Qué raro no haberlo visto antes...

SIGMUND: Lo raro es verlo a usted por primera vez justo el primer día de clases ¡Y frente al colegio de niñas! ¡Eso sí que es raro!

CARLOS: Mmmm

SIGMUND: Mmmmm

CARLOS: ¿A usted le parece convincente mi historia?

SIGMUND: ¿Y a usted la mía?

CARLOS: A decir verdad...

SIGMUND: ¿Qué hace usted realmente aquí?

CARLOS: ¿Y usted? ¿Vende acaso dulces, caramelos, barquillos, chicles o helados? ¿Mmmm?

SIGMUND: No.

CARLOS: Pues yo tampoco.

SIGMUND: Tengo la impresión que esto es un desagradable malentendido.

CARLOS: Claro que sí.

SIGMUND: Uno de los dos debe irse.

CARLOS: Adelante, pues. Siga trotando, señor atleta.

SIGMUND: Y usted por qué no se va donde su dulce y famosa tía Frieda a ver si esta vez le cose el pantalón con alambre... ¡Y en las nalgas si es posible!

CARLOS: Se pone grosero, señor.

SIGMUND: Ah, usted es el que me está sacando de quicio... No tiene caso que sigamos disimulando. Creo que nos entendemos.

CARLOS: Yo creo que no nos entendemos.

SIGMUND: Pero, señor, no podemos hacer los dos lo mismo en el mismo lugar. ¡Es contraproducente, grotesco! ¡Es indecente incluso! Además pierde todo su sentido.

CARLOS: Absolutamente de acuerdo.

SIGMUND: Por lo mismo, debe irse.

CARLOS: Usted, claro está. Usted es el recién llegado, el advenedizo.

SIGMUND: ¡Señor! ¡Si aquí hay un legítimo propietario de esta práctica y de este lugar es el aquí presente!

CARLOS: Ah. Miren el abusivo que nos vinimos a encontrar.

SIGMUND: (Indignado). ¿Abuso? ¡Conozca la ley! Se trata del legítimo derecho a propiedad que otorga el uso...

CARLOS: ¡Y abuso!

SIGMUND: ¡¡¡Señor!!!

CARLOS: Según usted se trataría de un simple problema de propiedad, según veo...

SIGMUND: No, no es sólo por eso que estoy discutiendo... Me imagino que usted comprenderá lo que es haber estado todo el verano aguantándose, todos estos malditos meses de vacaciones metido en la casa, reteniendo el deseo, reteniendo la pasión, sin poder hacerlo...

CARLOS: ¿Cómo? ¿Lo hace sólo en los colegios?

SIGMUND: Pero claro que sí.

CARLOS: ¿No ha probado en plazas, en jardines infantiles?

SIGMUND: ¡Son niñas muy pequeñas! ¡Sería vergonzoso!

CARLOS: (Irónico). Así que respetuoso el hombre. Todo un burgués, abusador y pudibundo.

SIGMUND: Se trata de principios... Por lo menos algunos, de los que ya veo que usted carece absolutamente. En esta ciudad, para que usted sepa, lo hago solamente en este colegio.

CARLOS: Ah, ya veo, en un barrio residencial... Al señor le gustan las muchachitas bien...

SIGMUND: No es un prejuicio como usted quiere ponerlo... Es una preferencia... Un refinamiento... Una fidelidad. Eso es lo que es...

CARLOS: Ah, sí, un refinamiento...

SIGMUND: ¿Y por qué no? ¿Acaso esta no es una pasión tan noble como el amor más puro?

CARLOS: (En su tono irónico y despectivo). El amor, la típica banalidad del petit bourgeois.

SIGMUND: (Complacido). Petit bourgeois avez vous dit? ¿Vraiment ? C'est étonnant... ¿Parles vous français, monsieur ?

CARLOS: ¡Y siútico, más encima! Lo sabía, usted es un viejo snob, burgués decadente y siútico.

SIGMUND: ¡Señor!

CARLOS: ¡La gente como usted debería ser arrojada de la faz de la tierra! ¿Sabe?... Si no le molesta, claro está.

SIGMUND: ¡Una más y le rompo la cara! ¡Me está sacando los choros del canasto!

CARLOS: Se pone grosero de nuevo.

SIGMUND: ¡No lo aguanto! (Contiene su furia). Mire, no discutamos más. En el fondo hay una sola cosa que quiero pedirle y se la pido por favor, se lo pido por lo que más quiera, por Dios, por su familia, por lo que más le importe, un solo favor, se lo ruego, se lo suplico, si quiere se lo pido de rodillas, una sola cosa... ¿Por qué no se va? ¿Ya?... Váyase... ¿Ya?

CARLOS: ¿Y por qué yo?

SIGMUND: Bueno, a usted le debe dar lo mismo, usted parece que no tiene prejuicios... Entonces podrá ir a cualquier otro colegio fiscal y hacerlo con esas negritas mugrientas... ¿No?

CARLOS: No, aquí son más bonitas.

SIGMUND: ¡Es que este colegio es mío!

CARLOS: ¡Posesivo! ¡Dominante! ¡Autoritario y dictatorial! ¡Lacra de la sociedad!

SIGMUND: Pero, por favor...

CARLOS: ¡Parásito! ¿Se va a ir o no?

SIGMUND: ¿Parásito? ¿A mí me llama parásito?

CARLOS: ¿Se va a ir o no?

SIGMUND: Acaso lo que usted viene a hacer es tan bonito...

CARLOS: ¡¿Se va a ir o no?!

SIGMUND: Es que usted me está pidiendo un imposible, me está pidiendo el dolor máximo... Usted no sabe lo que esto es para mí...

CARLOS: Algo muy importante, parece.

SIGMUND: (Suplicante). Claro que sí, hacer esto es mi única realización completa, la única realización de una vida oscura, metida entre archivos de confesiones ajenas, escuchando quejas de gente afligida... Todo el tiempo.

CARLOS: Ah, ¿Es funcionario público?

SIGMUND: Más bien funcionario privado.

CARLOS: No lo entiendo

SIGMUND: Bueno, eso no importa que no lo entienda, lo único que quiero que comprenda es que hacer esto y hacerlo aquí es mi vida, señor, mi vida...

CARLOS: Vamos, libérese de prejuicios y vaya a otro colegio cualquiera... Le hará bien.

SIGMUND: ¿Cree acaso que no lo he intentado? Es inútil... No funciona... Abro el impermeable y no me sale el disparo...

CARLOS: ¡Shitt! (Miran hacia ambos lados alterados)... Oiga, eso es terrible...

SIGMUND: Claro que es terrible, sobre todo cuando el resto de mi vida la puede resumir en una cabeza de alfiler (Mira hacia el colegio excitándose gradualmente a medida que habla)... Hacer esto es lo que me vigoriza y me mantiene, lo que me inflama... Estar sentado en este banco pasado el mediodía y de repente sentir que suena la campana del colegio... Talán-talán... ¿Música celestial, no es cierto?... Y ver que empieza la salida de clases de esas candorosas e inocentes muchachitas. ¿Se las imagina?... Con sus jumpers azules, sus cabellos sueltos, sus trencitas, sus chapecitos, sus colitas de caballo... (Va actuando lo que cuenta poseído por las emociones que describe)... Y entonces yo lentamente me voy poniendo de pie y lentamente me voy abriendo el impermeable, botón uno fuera, botón dos fuera, botón tres fuera... Y ellas vienen incautas, distraídas, cantando, conversando... Y no saben lo que les espera... Porque en cuanto crucen la reja voy a destruirlas con toda mi furia, hacerles pedazos su vergüenza, toda su pureza se irá al diablo, toda su asquerosa virginidad, su maldita inocencia, mancillada para siempre, su blancura inmaculada será manchada de por vida y su grito... Su grito... Su grito me excita... ¡Y no aguanto más! ¡No aguanto! Y... (En el clímax de su relato abre su impermeable exhibiéndose ante Carlos). ¡Ta-ta-ta-tán! (Se da cuenta de lo que ha hecho y se cubre bruscamente, avergonzado abotonándose con premura). Disculpe mi exabrupto, es que después de tantos meses sin hacerlo me descontrolo de puro pensarlo, me pasa incluso frente al espejo, me descontrolo, me descuido...

CARLOS: La verdad es que dan más ganas de llorar que de gritar al verlo.

SIGMUND: Sí, puede ser.

CARLOS: Es que con ese calibre (Señala un espacio pequeño entre pulgar e índice).

SIGMUND: (Saltando bruscamente). ¡No diga eso!... (Susurra alarmado). Tienen micrófonos de largo alcance... Incluso es posible que nos estén observando... (Lo mira asustado)... ¿O acaso usted es uno de ellos?

CARLOS: ¿De quiénes?

SIGMUND: (Cauteloso)... De ellos... (Carlos se inquieta. De pronto Sigmund golpea el banco y lo impreca). ¡Claro que es de ellos! ¿Cómo no me di cuenta antes? ¿Cómo puedo ser tan ingenuo? ¡El gusto que tienen ustedes de andar mortificando a la gente!

¡No pueden ver ni siquiera a un digno ciudadano que satisface sus pasiones dignamente sin molestar a nadie!

CARLOS: Creo que eso es algo discutible...

SIGMUND: ¡No tiene nada de discutible, señor! ¡Lo que van a vivir esas niñas les va a servir de una gran experiencia! Se lo podrán contar a su psiquiatra, por ejemplo, o a su marido en su noche de bodas cuando fallen...O... O incluso lo podrán utilizar de fantasía (Se deleita). Usted sabe, algunas ex alumnas me buscan...

CARLOS: ¿Lo buscan?

SIGMUND: Sí.

CARLOS: ¿Con eso...?

SIGMUND: ¿Y por qué no?

CARLOS: Bueno, sobre gustos no hay nada escrito.

SIGMUND: Y qué sabe usted si es tan solo un espía...

CARLOS: No siga con eso, por su bien...

SIGMUND: ¡Qué tanta amenaza! ¡Qué saca amenazándome si ya lo descubrí!

CARLOS: No siga con eso, por favor...

SIGMUND: ¡Ya lo descubrí! ¿No me oye? ¡Lo descubrí! ¿Qué espera para llamar a sus gorilas, el auto, el camión, la camioneta, el buque manicero? ¿Qué están usando ahora?

CARLOS: No siga con eso, se lo ruego...

SIGMUND: (Totalmente fuera de sí). ¡Si ya lo descubrí! Vamos, pégueme con un palo, métame en un saco, tortúreme, espóseme, dinamíteme, degüélleme. ¿Qué están usando ahora? ¿Ah? ¡Ya lo descubrí! Ustedes se creen muy astutos pero lo descubrí inmediatamente, todo era un disfraz, una treta. ¡Venga! ¡Satisfaga su perversión quizás mucho más inmoral y sádica que la mía! ¡Vamos! ¡Si ya sé que usted es de ellos!

CARLOS: (Explotando). ¡Yo no soy de ellos!

SIGMUND: ¿En serio? Es que yo creí que...

CARLOS: ¿Quién se cree que es? ¿Cree que voy a andar vestido así para atrapar a un pobre diablo como usted?

SIGMUND: Es que...

CARLOS: Porque yo sí podría pensar que usted es uno de ellos...

SIGMUND: ¿Yo?... Yo no, usted se equivoca...

CARLOS: No lo es, ¿Verdad?

SIGMUND: Claro que no, claro que no... Esto siempre lo hago solo, totalmente solo...

CARLOS: Solo, ah... Un auténtico individualista (Con desprecio). Ya veo...

SIGMUND: Que yo sepa, esto siempre se ha hecho solo, en todas partes del mundo...

CARLOS: Depende exclusivamente del sentido que uno quiera darle.

SIGMUND: Yo diría que no depende de nada, yo diría que está en su misma esencia, si me permite... Además que no sólo es individualismo, como usted dice, también es seguridad. Yo tengo muy bien pensado cómo arrancar después de cometido el acto... Pero, ¿Y usted?... Apuesto, que es un aficionado, que no ha planificado absolutamente nada. ¡Usted puede ser mi perdición! A ver... ¿Cómo tiene pensado huir después de cometido...El acto?

CARLOS: Me pienso quemar a lo bonzo.

SIGMUND: ¿A lo bonzo? Lo único que me faltaba, un fanático...

CARLOS: Y voy a prender fuego a toda la plaza. ¿Sabe? Y al colegio. Me tragué una bomba con la que voy a estallar en el momento justo que abra mi impermeable ¡Bum! (Asusta a Sigmund persiguiéndolo por el escenario)... Y todo el que esté a mi lado morirá, seré repartido como gotas de sangre y semen por todo el pavimento... Así que mejor se va, por su bien, se lo digo... ¡Bum! ¡Bum! ¡Bum! (Sigmund correteado se deja caer en un rincón temblando).

SIGMUND: Basta, loco... Usted es un terrorista...

CARLOS: ¿Usted no?

Pausa. Carlos vuelve a sentarse mientras Sigmund yace hecho un ovillo en un rincón.

CARLOS: Idiota, se cree todo lo que le dicen.

SIGMUND: ¿Cómo?... ¿No es verdad?

CARLOS: ¿Cómo se le puede ocurrir?... Puedo odiar mucho a esta sociedad repulsiva y corrupta, pero no se merece mi pellejo.

SIGMUND: Entonces todo lo de la bomba... ¿Me estaba tomando el pelo?

CARLOS: ¡Bum!

Sigmund cae aterrado al suelo mientras Carlos frena una carcajada.

SIGMUND: ¡Imbécil!... ¡Pura bulla, eso es usted, pura bulla!

CARLOS: Usted es pura boca. Se espanta con un petardo y pretende asustar a las niñas. Usted está absolutamente gagá.

SIGMUND: No, no es así. Si reaccioné así fue por el nerviosismo...

CARLOS: ¿El qué?

SIGMUND: El nerviosismo, la neurosis que se expresa...

CARLOS: La neurosis... Usted parece una vieja solterona...

SIGMUND: Es la angustia de la muerte la que me sobrecoge y me arroja sobre el pavimento...

CARLOS: La angustia, la neurastenia, el surmenage... ¡Usted no tiene remedio!

SIGMUND: Mire, señor, para que usted sepa... Neurosis tenemos todos... ¡Todos!

CARLOS: Claro que sí, es consecuencia clara del desarrollo social, de la sociedad en que vivimos...

SIGMUND: No me haga reír, lo que determina la presencia de neurosis en el individuo es la historia sexual de cada uno.

CARLOS: De ninguna manera, se trata del desarrollo social.

SIGMUND: ¡La historia sexual, le digo!

CARLOS: ¡El desarrollo social!

SIGMUND: ¡Sexual!

CARLOS: ¡Social!

SIGMUND: ¡Sexual!

CARLOS: ¡Social!

SIGMUND: ¡Sexual! ¡Y no discuto más!

CARLOS: (Taimados los dos). No podemos trabajar juntos.

SIGMUND: ¿Trabajar, dijo?

CARLOS: Actuar juntos, quise decir.

SIGMUND: Ah, y si no podemos actuar juntos... Quiere decir que se va ¿No?

CARLOS: ¡No!

SIGMUND: Pues yo tampoco, para que sepa... A ver cómo se las arregla.

Carlos lo mira con odio encendido, impotente.

CARLOS: Usted me da pena, ¿sabe?

SIGMUND: ¿Pena?

CARLOS: Lástima... Es sólo un viejo mañoso, adherido a moldes roídos, descompuesto, podrido, pretencioso y retrógrado.

SIGMUND: Usted no ha comprendido ni una palabra de lo que representa para mí...

CARLOS: Sí, me doy cuenta. ¡Es un vicio!

SIGMUND: ¿Un vicio?... Llevo años, años en este mismo banco... Esto es una tradición. ¡Eso es lo que es! Una ¡tradición!

CARLOS: ¿Acaso no sabe que las tradiciones son vicios?

SIGMUND: Mire, yo se lo voy a demostrar, grabé mis iniciales en este mismo banco la primera vez que estuve... Deben de estar por aquí... (Lo empuja a Carlos)... Levante el culo, imbécil...

CARLOS: ¡Qué se ha creído! ¡No me pienso levantar! (Cae del escaño).

SIGMUND: (Señalando en el banco). ¿Ve? Aquí están... S... F... 1974... En el otoño de 1974 hice mi debut...

CARLOS: Solamente alguien como usted puede ser tan imbécil como para andar dejando corazoncitos y flechas. ¿Por qué no dejó mejor su número de teléfono o su cédula de identidad para que lo agarrara la policía? Su sentimentalismo me da náuseas... ¡Voy a vomitar en su impermeable!

SIGMUND: ¡Está loco!

CARLOS: (Haciendo arcadas sobre la cabeza de Sigmund). Púdrase, vieja solterona...

SIGMUND: (Alarmado). ¡Viene un auto!

Carlos se detiene y vuelve a su posición en el banco, miran pasar el coche.

CARLOS: Era una señora.

SIGMUND: Por suerte...

CARLOS: Usted se imaginó que eran...

SIGMUND: Es lógico, ¿no?... Estando varios ministros en la ceremonia.

CARLOS: Ciertamente, con todos esos ministros ahí dentro...

SIGMUND: ...Está el de instrucción pública...

CARLOS: ...El de defensa interna...

SIGMUND: ...El de defensa externa también está...

CARLOS: ...El superintendente...

SIGMUND: ...El subsecretario...

CARLOS: ...El plenipotenciario...

SIGMUND: ...El interino...

CARLOS: ...El subrogante...

A medida que han ido nombrando a los ministros se van entusiasmando de manera contenida, aguantando las risitas.

SIGMUND: ...El itinerante... Todos...

CARLOS: (Casi cantando)... Y no se imaginan...

SIGMUND: ...Que estamos aquí...

CARLOS: ...Los dos...

SIGMUND:... ¡Dos!

CARLOS: ¡Dos más encima!

SIGMUND: Sí, dos... ¡Esperándolos!

CARLOS: ...Y dos... ¡Profesionales!

Sigmund abofetea violentamente a Carlos, que enmudece.

SIGMUND: Lo perdono sólo porque yo también me sobrepasé... ¡Eso no se dice!
¿Oyó? ¿Se va a portar bien ahora?

CARLOS: (Lleno de remordimientos). Me extraña, después de tanto entrenamiento, cometer un error tan infantil...

SIGMUND: (Tono de interrogatorio policial). ¡Claro que es un error infantil!... Además que es un error bastante raro... ¿De dónde saco esa palabra? ¿Ah?

CARLOS: ¿Cuál palabra?

SIGMUND: ¿Cómo que cuál palabra? ¡Esa! ¡La de que los dos éramos... éramos...!

CARLOS: ...Unos profesio...

SIGMUND: ¡No lo repita!... Y otra cosa... ¿Cómo supo que estaban todos ahí dentro?

CARLOS: ¿Quiénes?

SIGMUND: ¡Cómo que quiénes! ¡No se haga el tonto! Le estoy preguntando por la lista de ministros, le dije... ¿Dónde consiguió la información?

CARLOS: ¿Y usted?

SIGMUND: ¡Yo estoy haciendo las preguntas! (Se pasea mirándolo acusadoramente). Usted debe de saber muy bien que la información no se había entregado a ningún medio, que la lista no se había publicado en ningún diario ni la leyeron en ningún noticiero... Yo creo que mejor por su bien me va diciendo para quién trabaja, señor como se llame.

CARLOS: ¿Trabaja?

SIGMUND: Actúa, quise decir, usted me entiende... Vamos, contésteme (Carlos mira hacia la puerta del colegio)... ¿Qué está mirando? Contésteme de una vez por todas...

CARLOS: ¡Cuidado! ¡El portero del colegio!

Ambos miran hacia el frente.

SIGMUND: Sí, es mejor que disimulemos.

Sigmund simula saltar la cuerda como un niño, Carlos juega al tejo, al trompo o a otro juego infantil.

SIGMUND: (Con voz infantil). Le voy a tomar una foto... (Simula fotografiar a Carlos que posa como Charles Atlas una y otra vez)... ¡El pajarito!... ¡Otro pajarito!... ¡Un pajarito más!

Se sientan. Sigmund mira con cierto deleite a Carlos.

SIGMUND: ¿Sabe? Ahora que tengo la oportunidad de verlo de cuerpo entero me doy cuenta que usted es un hombre robusto, sano, bien hecho, apolíneo, si me entiende... Y se me despierta una curiosidad... Bueno, usted ya conoce el mío, así es que yo me preguntaba de qué cali... Perdón, de qué tamaño sería el suyo.

CARLOS: No me diga que más encima es maraco.

SIGMUND: Yo no tengo ningún problema sexual.

CARLOS: ¿Seguro?

SIGMUND: Me ofende, mi interés es el de un colega.

CARLOS: Un competidor.

SIGMUND: Como quiera tomarlo, pero es un interés netamente... Profesional, como usted dice... Así que si no tiene inconveniente, podríamos... Echarle una miradita... Un vistazo que sea...

CARLOS ¿De verdad quiere verlo?

SIGMUND: Bueno, ya se lo dije... Podríamos aprovechar ahora que no hay nadie por ahí para hacer una inspección... Formarse una idea, digo, saber con qué contamos... Si usted no tiene inconveniente, claro está.

Carlos se levanta con placer y se exhibe a Sigmund con orgullosa sobriedad dando la espalda al público. Sigmund, que ha esperado ansiosamente, se espanta y enmudece retirando la vista.

SIGMUND: ¡Dios mío! ¡Usted exagera!

CARLOS: Es impresionante. ¿No le parece?

SIGMUND: Y lo disfruta... ¡Es excesivo, diría yo!

CARLOS: ¿No lo asusta? ¿No es cierto que es impactante?

SIGMUND: ¡Es redundante, a decir verdad! ¿Para qué... tanto? ¿Ah? Usted parece que lo único que quiere es que se fijen en su gran... Gran... Gran...

CARLOS: ¡Mi gran cañón!

SIGMUND: ¡Silencio! ¡Realmente usted parece querer que nos atrapen! Sí, ya sé lo que es usted... Usted es un narciso, un vanidoso, un egocéntrico... ¡Un exhibicionista, eso es lo que es!

Carlos apunta con susto hacia el público.

CARLOS: ¡Un auto!

SIGMUND: ¡Ah, chucha!

Carlos y Sigmund miran pasar el auto lentamente aguantando la respiración, cautelosos.

CARLOS: Típico...

SIGMUND: ¿Qué cosa?

CARLOS: Un station wagon.

SIGMUND: ¿Típico?

CARLOS: Siempre andan de a cinco. ¿Sabe?

SIGMUND: Ah, claro, ellos siempre andan de a cinco.

Sigmund saca un dobladísimo diario de su bolsillo y lo despliega ocultándose tras él.

CARLOS: El que maneja es el gordo Romero.

SIGMUND: ¿Romero? ¿Evaristo Romero?

CARLOS: ¿Lo conoce usted?

SIGMUND: ¿El que trabajaba de garzón en el restaurante donde encontraron los cadáveres en los reservados?

CARLOS: Ajá.

SIGMUND: Sí que lo conozco.

CARLOS: ¡Le tocó con él alguna vez?

SIGMUND: Algo así. ¿Y a usted?

CARLOS: Algo así.

SIGMUND: A mi me da miedo de puro acordarme.

CARLOS: Dolorosa experiencia, sin duda.

SIGMUND: Claro que sí... ¿Cómo olvidarla?

Carlos estira la mano hacia Sigmund como si le aplicara una picana eléctrica. Sigmund se sobresalta.

SIGMUND: No me haga eso ni en broma.

Dobla el diario apresuradamente y saca un perrito de peluche con una cuerda al cuello. Carlos mientras tanto alimenta imaginarias palomas desmigajando un pan de su bolsillo.

CARLOS: ¿Usted contó todo?

SIGMUND: ¿Por qué me lo pregunta?

CARLOS: Es difícil resistirse al gordo Romero.

Sigmund simula pasear al perrito.

SIGMUND: Bueno, eso dicen... ¿Usted cantó?

CARLOS: Hasta el alma... Pero usted no me ha contestado aún...

SIGMUND: Bueno, usted lo dijo... Es muy difícil resistirse al gordo Romero... Yo diría que imposible...

CARLOS: ¿Cuándo lo agarraron?

SIGMUND: ¿A quién? ¿A mí?

CARLOS: ¿A quién va a ser? ¿Al perro?

SIGMUND: Hace tiempo, después que empezó todo, en los primeros meses.

CARLOS: Ah, yo empecé después...

SIGMUND: Yo ya debo haberme salido cuando usted llegó.

CARLOS: Sí, nos habríamos reconocido.

SIGMUND: Puede ser, es difícil saberlo... Aunque... ¿A usted lo amenazaron cuando trató de salirse?

CARLOS: Me arranqué... Estuve escondido en la Argentina.

SIGMUND: En la Escuela de Mecánica de la Armada, apuesto...

CARLOS: ¡No!... O sí, no sé.

SIGMUND: ¿Y no le da miedo que lo agarren de nuevo?

CARLOS: Claro que sí.

SIGMUND: ¿Y no le da miedo que yo sea uno de ellos?

CARLOS: ¿Usted? No, no se asustaría como lo hace.

SIGMUND: No sé, tal vez se confía demasiado... Señor

CARLOS: Carlos, dígame Carlos.

SIGMUND: ¿Carlos?

CARLOS: Si, Carlos.

SIGMUND: (Guardando el perro). De repente su cara me pareció conocida.

CARLOS: Bueno, uno ve tanta gente en esta... Perdón, en esa pega.

SIGMUND: Sí, ve tantas caras... Entrando y saliendo del agua, por ejemplo.

CARLOS: ¿En los submarinos?

SIGMUND: Sí, en los submarinos...

CARLOS: ¿Con el agua que les entra por la nariz?

SIGMUND: Y les sale por la boca...

CARLOS: ¡Qué parecían los pobres!

SIGMUND: Sí, qué parecían (Con nostalgia)... todos mojados... Focas parecían...

CARLOS: A mí me enseñó Romero...

SIGMUND: ¿Cómo? ¿A usted también?

CARLOS: También.

SIGMUND: Y no me diga que también...

CARLOS: También.

SIGMUND: ¿Y también?

CARLOS: También.

SIGMUND: O sea, usted también fue colega mío...

CARLOS: Lo somos ahora también. ¿No?

SIGMUND: ¿Y también usó la...? (Gestos que imitan una picana eléctrica).

CARLOS: También.

SIGMUND: ¡Lo que son las vueltas de la vida!

CARLOS: Metidos en eso...

SIGMUND: Y ahora...

CARLOS: Metidos en esto.

SIGMUND: Increíble, absolutamente increíble... ¡Venga esa mano, colega!

Se estrechan las manos como viejos camaradas.

SIGMUND: Usted se debe acordar de la Olga Pradodovna...

CARLOS: Sí, claro, la Olga Pradodovna, con ese nombre metida ahí... Tenía un kiosco en que vendía empanadas y bebidas en el cuart... perdón, en la villa.

SIGMUND: Sí, hacía unas deliciosas sopaipillas en el invierno.

CARLOS: Sí, nosotros comíamos sopaipillas en esos domingos, usted sabe, trabajábamos toda la semana de corrido, había mucho trabajo, y escuchábamos los partidos del fin de semana.

SIGMUND: ¿Escuchaban los partidos? ¿En serio? ¿Sabe lo que nos pasó una vez a nosotros? Estábamos ahí trabajando dale que suene, con la radio a pilas en la cartuchera, con el audífono en la oreja escuchando el fútbol, cuando de repente dieron la alarma de gol... ¡Y creímos que a nosotros nos había dado la corriente eléctrica!

Los dos explotan en una carcajada ante la anécdota.

SIGMUND: ¡A nosotros nos iba a dar la corriente! Como si no hubiera seguridad en el trabajo... (Ríe para sí).

CARLOS: (Serio). A usted... ¿Nunca más le ha vuelto a dar la corriente?

Sigmund enmudece.

SIGMUND: No, a mí nunca más me ha vuelto a dar la corriente. Quiero que sepa que yo también estuve en Argentina.

CARLOS: Se arrepiente uno.

SIGMUND: Y necesita hacer algo a la vuelta.

CARLOS: Otra cosa.

SIGMUND: Algo que a uno lo redima.

CARLOS: Que lo absuelva.

SIGMUND: ¿Ha probado con rezar?

CARLOS: ¿Está loco?

SIGMUND: Bueno, es que tanta gente lo hace...

CARLOS: Olvídelo, Dios no existe para nosotros.

SIGMUND: Sí, tiene razón, yo pienso que si llegara a comulgar se me pudriría la hostia en la boca.

CARLOS: Y yo sueño que cuando me estoy confesando me agarran.

SIGMUND: Así que se decidió por esto.

CARLOS: Así es.

SIGMUND: Y... ¿Le gusta?

CARLOS: Harto.

SIGMUND: A mí también, aun que no sé cómo vamos a arreglarlo porque esto siempre lo he hecho solo y me da no sé qué tener que echar a un colega.

CARLOS: Eso ya lo veremos... Porque usted aún no me ha dicho para quién trabaja.

SIGMUND: Bueno, usted tampoco me lo ha dicho, Carlos.

CARLOS: (Súbitamente). ¡El auto!

SIGMUND: ¿Otra vez?

CARLOS: Nos cacharon.

SIGMUND: ¿Usted cree?

CARLOS: Estoy casi seguro.

SIGMUND: ¿Y usted viene preparado?

CARLOS: Bueno, siempre.

Sigmund se levanta bruscamente voceando un snack que ha sacado del bolsillo del impermeable anunciando una larga serie de chokolatines o galletas como un vendedor callejero.

Carlos, por su parte, vocea como un charlatán electrodomésticos taiwaneses, artículos de ocasión, imitaciones. De pronto Sigmund se detiene y mira hacia el horizonte donde el auto, a juzgar por su actitud, parece haber desaparecido. Detiene a Carlos con un gesto. Habla sereno, como un militar experto.

SIGMUND: Está bien, ya pasaron... No es bueno que sigamos, se puede juntar gente y eso no nos conviene.

CARLOS: Parece que usted sí sabe de esto.

SIGMUND: Y usted parece que también sabe... ¿Tiene acaso otros recursos por ahí?

Carlos estalla en una carcajada mientras saca una nariz roja de payaso de su bolsillo y se la pone encaramándose al escaño.

CARLOS: ¡El payaso Melocotón!

SIGMUND: (Saca un vistoso pito que hace sonar estruendosamente mientras adopta la actitud de presentador de circo). ¡Niñas y niños! ¡Señoras y señores! ¡El circo callejero de las Águilas Humanas presenta... al payaso Melocotón!

CARLOS: ¡Cómo le va, señor Corales!

SIGMUND: ¿Cómo le va, Melocotón?

CARLOS: ¿Podría hacerle una pequeña pregunta?

SIGMUND: ¡La que usted quiera, Melocotón!

CARLOS: ¿Qué es lo que hace usted realmente aquí?

SIGMUND: (Siempre en tono de circo). Se lo contesto, si primero me dice para quién trabaja. (Ríe. Se va hacia el fondo y cambia su caracterización por el de un vendedor callejero ambulante con un juguete en la mano que procede a vocear).

Carlos vacila un poco y luego hace lo mismo con otro juguete que anuncia al supuesto flujo de peatones. Sigmund salta hacia atrás y cambia de nuevo su personaje por el de un predicador evangélico. Carlos hace la competencia alegrándose cada vez que lo logra empatar en este juego de simulacros y disimulos. Finalmente Sigmund saca una botella de su bolsillo donde lleva toda la utilería y hace un borracho con aire docto. Carlos saca otra más y simula estar ebrio pero más vulgar.

SIGMUND: (Siempre ebrio). Parece que usted es de la misma escuela... Brindemos, ciudadano, por esta feliz coincidencia.

CARLOS: Permítame hacerle una pregunta, curado, así como está de curado... Dígame una cosa... ¡Esa luz! (Le señala una del teatro)... ¿Es el sol o la luna?

SIGMUND: ¡Ciudadano, tengo mi informe! ¡Me declaro incompetente!

CARLOS: ¿Incompetente?

SIGMUND: ¡Es que yo no soy de este barrio! (Carcajada).

CARLOS: Otra pregunta, otra pregunta... Si el país estuviera cagado, es una suposición, claro está, una desatinada suposición.

SIGMUND: La suposición de alguien que no está en sus cinco sentidos, claro está...

CARLOS: Si el país estuviese cagado, ¿Hay que decirlo o no hay que decirlo?

SIGMUND: ¡Hay que decirlo!

CARLOS: No, no hay que decirlo, cuidadito, shitt...

SIGMUND: Hay que decirlo, le digo... Mire, yo le voy a explicar lo que a usted le pasa; es que está sumido en lo que es el dilema hamletiano del hombre chileno de nuestro tiempo: ¿Hay que decirlo o no hay que decirlo?... Pues yo digo que hay que decirlo... ¿O nos vamos a andar haciendo los curados para decir lo que uno piensa? ¿O los payasos, así, a ver si nos sale una risita? ¿O los místicos? ¿O vamos a andar matando el hambre vendiendo tonteritas en el Paseo Ahumada? ¡No! ¡Hay que decirlo! Ipso facto, per omnia secula seculorum, e pluribus unum, in situ, labor omnia vincit...

Carlos se ha sentado recuperando su lucidez y lo aplaude interrumpiendo su serie de latinazgos y lugares comunes. Sigmund recupera al instante la normalidad, guardando la botella.

SIGMUND: Perdón, se me pasó la mano, me entusiasmé y no pude detenerme...

CARLOS: No, está muy bien, muy bien...

SIGMUND: ¿Usted cree?

CARLOS: Usted es todo un profesional.

SIGMUND: No, se equivoca, yo soy sólo un amateur, además esto lo hago exclusivamente para mi desarrollo personal, así que no creo que podamos hacer esto juntos. ¿Sabe?

CARLOS: ¿Va a volver con eso? (Va tomando progresivamente actitud de líder político)... Mire, aceptemos lo inevitable, ésta es una labor colectiva. La historia la hace una clase, la clase de los desposeídos y los marginales como usted y como yo.

SIGMUND: ¡Sale para allá! ¡Yo no soy ningún marginal!

CARLOS: ¡Lo somos! ¡Lo somos!

SIGMUND: ¡Usted vivirá en una población callampa pero yo no, tengo mi habitación en el cité, bien decentita!

CARLOS: ¡Usted es un desclasado! ¡Un hombre simple que debe asumir su responsabilidad histórica! ¡Porque es la historia la que nos ha hecho encontrarnos aquí para cometer juntos este...!

SIGMUND: ¡Silencio, Carlos!

CARLOS: ¡Lo vamos a hacer juntos!

SIGMUND: ¡No siga, Carlos!

CARLOS: Pero... ¿No le parece fantástico? ¡Creíamos que estábamos solos, que estábamos desamparados y huérfanos y de pronto descubrimos que la nuestra es la historia de una colectividad, de una nación, somos la conciencia herida de un país desgarrado!

SIGMUND: ¡Córtela! ¡Qué tanto país, qué tanta nación! ¡Somos un par de pelafustanes todos cagados, andamos a medio morir saltando, a palos con el águila y usted dice que somos el país y la nación!

CARLOS: ¡No me diga que usted es de los que cree que somos sólo lumpen y delincuencia!

SIGMUND: ¿Y qué otra cosa somos? ¿Ah? ¿El huemul y el cóndor del escudo nacional, acaso?

CARLOS: ¡Somos la conciencia de la opresión! ¡La fuerza reprimida que intenta una salida desesperada poniendo al desnudo...! (Empieza a abrir su impermeable. Sigmund

lo detiene forcejeando)... ¡Nuestra condición de seres frustrados, hostiles, agresivos y castigados!

SIGMUND: (Logrando reducirlo y sentarlo). ¡Córtela! Ya está bueno que se calme.

CARLOS: Dígame de una vez por todas, ¿Cuál es su chapa?

SIGMUND: ¿Mi qué?

CARLOS: Su chapa, su alias...

SIGMUND: ¿Mi alias?

CARLOS: ¿Cómo? ¿Usted no usa alias?

SIGMUND: ¿Usted sí usa alias?

CARLOS: Claro que sí...

SIGMUND: O sea usted pertenece al... (Levanta el puño como los miembros del Partido Comunista).

CARLOS: Algo así ¡Baje esa mano!

SIGMUND: Pues sepa que yo trabajo solo.

CARLOS: Eso ya lo sé, pero dígame su alias entonces.

SIGMUND: Le digo que no uso alias.

CARLOS: Entonces dígame su nombre.

SIGMUND: ¿Mi nombre? Creí que ya me habría reconocido.

CARLOS: ¿Habría podido reconocerlo?

SIGMUND: No sé, tal vez por cultura general, en Viena, en Londres, en algún crucigrama, una portada de libro puede ser...

CARLOS: ¿Me permite mirarlo?

SIGMUND: Sí, pero un poco nada más.

Sigmund asume actitud estatuaria mientras Carlos lo contempla brevemente. Luego vuelven a su actitud habitual.

CARLOS: Su cara me parece conocida pero no recuerdo su nombre.

SIGMUND: A mí me pasa exactamente lo mismo con usted.

CARLOS: Dígame su nombre.

SIGMUND: ¿En serio?

CARLOS: Sí.

SIGMUND: Mi nombre es... Freud, soy Sigmund Freud...

CARLOS: ¡Freud! ¿El famosísimo profesor Freud?

SIGMUND: Sí, disimule por favor.

CARLOS: ¿De verdad? ¿El célebre psicoanalista Sigmund Freud de Viena?

SIGMUND: Guarde la compostura si puede, ¿Ya?

CARLOS: ¿Estoy nada menos que con el genial Profesor Freud, aquí, junto a mí?

SIGMUND: No siga por favor, estoy totalmente retirado de la vida pública, se me da por muerto, así que menos alboroto, se lo suplico.

CARLOS: (En el éxtasis de un fan de Freud). ¡Psicoanalíceme! (Se arroja de espaldas sobre el banco. Sigmund se resiste empujándolo al otro costado. Forcejean).

SIGMUND: Por favor, se lo ruego, siéntese, guardemos por lo menos las apariencias.

CARLOS: Psicoanalíceme, por favor, una vez no más, una vez...

SIGMUND: Pero no podemos ahora, tendríamos que ponernos de acuerdo en muchas cosas.

CARLOS: Nunca he podido, siempre quise hacerlo. Nos pondremos de acuerdo en lo que quiera, en lo que quiera. ¡Qué rico! ¡Ser psicoanalizado por el mismísimo profesor Freud!

SIGMUND: (Empujándolo violentamente). ¡Imbécil! ¡Por qué no pone un aviso en el diario! ¡Freud! ¡Freud! ¡Freud! ¡Acaso estoy para histéricos!

CARLOS: Profesor, me extraña.

SIGMUND: Parece que usted no aprendió nada con Romero.

CARLOS: (Recuperando aire suspicaz). ¿Por qué?

SIGMUND: ¿Le tocó seguir gente?

CARLOS: Obvio.

SIGMUND: ¿Usaban micrófonos?

CARLOS: Usábamos.

SIGMUND: ¿Y señuelos?

CARLOS: Claro.

SIGMUND: ¿Autos blancos con vidrios polarizados?

CARLOS: Sí.

SIGMUND: ¿Delatores?

CARLOS: Sí.

SIGMUND: Disimule entonces.

CARLOS: (Como terminando una revista militar). Ya. (Pausa. Miran hacia ambos lados. Lentamente).

SIGMUND: No vienen.

CARLOS: ¿No?

SIGMUND: No.

CARLOS: Deben de estar por ahí.

SIGMUND: ¡Ajá! En una media hora deben salir las niñas, o antes.

CARLOS: Entonces... (Salta como impulsado por un resorte para volver a estirarse sobre la banca)... ¡Psicoanalíceme este ratito!

SIGMUND: ¡Le dije que hay que ponerse de acuerdo en muchas cosas!

CARLOS: ¿En qué? ¿En el precio?

SIGMUND: Entre otras cosas.

CARLOS: (Se sienta abruptamente haciendo a Sigmund caer por la inercia de su forcejeo). ¡Judío!

SIGMUND: Bueno, está bien, tiéndase... ¡Tiéndase, le digo! (Carlos se tiende)... Esto es absolutamente inusual, deberíamos haber hecho por lo menos algunas entrevistas preliminares.

CARLOS: ¿Pero para qué?

SIGMUND: Para conocer su caso, claro está.

CARLOS: (Como en la escena de los borrachos). Pero si nos conocemos de toda una vida. ¿No es cierto compadre?

SIGMUND: (Carraspea). Esto ya es francamente bochornoso, entenderá que no debe tener esas manifestaciones de confianza durante la sesión, además debe tenderse un poquito más allá. Me está tocando con el pelo motudo que tiene. Bien, nos vamos a ver unas cuatro o cinco veces por semana, por unos siete, ocho, nueve o diez años, según la evolución.

CARLOS: ¡Pero eso es mucho!

SIGMUND: Es así, el psicoanálisis es radicalmente infinito.

CARLOS: ¡Es que yo quiero algo finito!

SIGMUND: ¡Quiere que lo psicoanalice o qué?

CARLOS: Sí, pero un ratito nada más.

SIGMUND: Ah, no, así no se puede.

CARLOS: ¡Usted es demasiado formal!

SIGMUND: (Con tono engolado, muy doctoral). Tal vez esa formalidad de que usted habla sea un sentimiento interior suyo que usted pone en mí, ¿No?

CARLOS: ¡Usted es muy formal! ¡Es tremendamente formal! ¡Mire que me ponga así, que me ponga asá, que haga esto, que haga esto otro, usted es tremendamente formal!

SIGMUND: Podríamos pensar que es usted el que se siente lleno de trabas, que debe romper, afligido, como recién dijo.

CARLOS: Yo no le dije afligido (Se empieza a levantar gozando el error del otro).

SIGMUND: ¿No lo dijo? Habrá dicho constreñido, abrumado, ansioso, nervioso, complicado, fregado, qué sé yo. ¿De dónde saqué esa palabra? No, me desconcentro, no, no puedo psicoanalizar a nadie en un parque, no, me voy, ¿Sabe? Me voy, me vuelvo a Viena, a Nueva York, a Buenos Aires, qué sé yo.

CARLOS: (Se ha ido desesperando ante la posibilidad de que Sigmund se vaya y trata de retenerlo). No, por favor, no me deje, no me deje, sería terrible, insoportable, no, por favor...

SIGMUND: ¿No cree que es una transferencia algo súbita? Bien, vamos, tiéndase (Carlos lo hace). Le tengo que explicar la regla fundamental del psicoanálisis que es la asociación libre.

CARLOS: ¿Libre?

SIGMUND: Sí, libre, aunque usted no lo crea. Es breve, escuche por favor y no me interrumpa...

CARLOS: (Interrumpiéndolo). ¡Huy! Me lo imagino en su gabinete en Viena, su estufa, sus figuritas orientales, su silloncito de cuero, su diván capitoné...

SIGMUND: Por favor...

CARLOS: (Sin dejarlo hablar). Dígame una cosa ahora que estamos en confianza, ¿Es verdad que usted se acostaba con su cuñada? ¡Las cosas que dicen por ahí! ¿Y es verdad que su hijo seducía a las pacientes en la sala de espera y se las...? ¿Ah? ¿No? Y dígame, ¿No se calienta un poco con esa historias de los pacientes que se quieren acostar con la mamá o el papá? ¿Ah?, ¿Ah?

Sigmund carraspea sonoramente. Carlos se disculpa.

SIGMUND: Bien, le decía... O le trataba d decir... Que la asociación libre consiste en que usted, durante las sesiones, hable de lo primero que se le venga a la cabeza por trivial, inadecuado, absurdo, improcedente o doloroso que le pueda parecer.

Pausa.

CARLOS: Pienso que usted es un papanatas.

SIGMUND: Pero qué insulto más rebuscado.

CARLOS: Pero es lo único que se me vino a la cabeza.

SIGMUND: Está bien entonces.

CARLOS: Me acordé ahora de cuando usted abrió su impermeable, me acordé de un chiste... Se trata de un tipo que tiene un gran... Pene... Y llega a un restauan y golpea el mesón con el... Pene... Y ¡Pan!, ¡Pan!, ¡Pan!, y dice ¡Un cajón de cervezas!

SIGMUND: Ya, ya.

CARLOS: ¿No lo encuentra divertido?

SIGMUND: ¿Usted lo encuentra divertido?

CARLOS: Me hacía reír mucho cuando estaba en el colegio, imagínese, un tipo con un gran pene que golpea el mesón y dice (Voz muy ronca). ¡Un cajón de cervezas!

SIGMUND: ¿Y qué edad tenía usted cuando ese chiste lo hacía reír tanto?

CARLOS: Bueno, no sé, era chico...

SIGMUND: Me doy cuenta, continúe...

CARLOS: Bueno... Y el mozo estaba ya aburrido... Todos los días el tipo con el tremendo... Tremendo... Bueno, en realidad no es pene en lo que pienso... Sino que en pichula...

SIGMUND: Está bien...

CARLOS: Y también pienso en polla, chota, poronga, pija, pinga, perinola, verga, majagua, paloma, morronga, mandarria y cabeza de haba, en todo eso pienso.

SIGMUND: No sé si se dará cuenta pero todos los sinónimos que usa están en sexo femenino.

CARLOS: No, no me había dado cuenta... (Se sienta). ¿Qué trata de decirme con eso?

SIGMUND: Nada todavía, puede tenderse...

CARLOS: (Se tiende). Bueno, el mozo se aburre y decide que la próxima vez que llegue, le va a cortar de un solo hachazo la tulula.

SIGMUND: La tulula, como usted notará.

CARLOS: Bueno, sí... Y el tipo llega y saca la pirula, la polla, qué se yo lo que saca y la pone sobre el mesón y ¡Pan! ¡Pan! ¡Pan! ¡Una caja de cervezas! Y el mozo viene, saca el hacha y ¡Chas! ¡Recorta el aparato!... ¡Aparato es masculino! ¡Y pico y pirulo y pirulín y guarén y tronco y dedo sin uña y filorte! ¡Todos son masculinos! ¿Vio? ¿Vio? ¿Vio?

SIGMUND: Sí, sí vi.

CARLOS: Y el chiste sigue...

SIGMUND: ¿Sigue?

CARLOS: Sí, sigue, al otro día llega el tipo y saca un pedacito, un muñoncito, así como el suyo, y (Ríe). y dice... (Vocecilla afeminada). “Una cocacolita, por favor” (Larga y grosera risotada. Repite una y otra vez el chiste hasta casi llorar de risa). ¿No le parece divertido? ¿Ni un poquito de divertido? ¿Nada?

SIGMUND: (Ha permanecido impávido). Más bien me parece dramático, ¿sabe?, porque es evidente que lo que usted teme que le pase es eso, lo que le sucede al señor del chiste, como castigo por el resentimiento que tiene contra el poder que tanto detesta, y que ahora represento yo...

CARLOS: (Se sienta). ¡No me gustó el psicoanálisis! (Pausa). ¿Sabe? Me acordé de un sueño...

SIGMUND: ¿Ya?

CARLOS: Tuve un sueño (Se tiende). ¿No hay nadie escuchando?...

SIGMUND: Claro que no.

CARLOS: Soñé con un fantasma que recorría Europa (Sigmund se sobresalta). Y soñé con la internacional obrera que avanzaba por los prados del mundo... (Sigmund le tapa la boca aterrado).

SIGMUND: ¿Cómo dijo usted que se llamaba?

CARLOS: Bueno, en realidad no se lo he dicho, soy novelista... He escrito varias novelas, lástima que algunas me las tomaron muy en serio...

SIGMUND: ¿Como por ejemplo?

CARLOS: Por ejemplo, Das Capital...

SIGMUND: (Aterrado). ¡Das cuánto!

CARLOS: El Capital, en ella pretendo dar una visión... (Un manotazo de Sigmund aplasta su boca).

SIGMUND: Usted es Carlos Ma... Ma... No, no lo diga, no, lo diga...

CARLOS: ¿Puedo continuar?

SIGMUND: No, estamos justo en la hora ahora, quedamos hasta aquí, nos vemos mañana, estamos en la hora, puede ponerse de pie y no me dirija la palabra...

CARLOS: Pero... ¿Después de todo lo que sabemos el uno del otro?

SIGMUND: Es así, el psicoanalizado no le dirige jamás la palabra a su psicoanalista fuera de la sesión, aparte de frases triviales o de cortesía, buenos días, buenas tardes, la cuenta, eso es todo...

CARLOS: (Furioso). ¡Ah, ése es otro de sus afanes banales, pequeñoburgueses prohibitivos y represores!

SIGMUND: ¡Mire, señor, si aquí hay un reprimido, ése es usted!

CARLOS: Ja... Y usted, que tanto habla de la libertad de los instintos, mire nada más donde estamos ahora...

SIGMUND: ¡Y usted, que dice asociar libremente y lo único que hace son asociaciones ilícitas!

CARLOS: ¡Me carga su vitalismo retrógrado, señor Freud!

SIGMUND: ¡Lo que es a mí, me tiene hasta la coronilla su racionalismo decimonónico, señor Carlos Marx!

CARLOS: ¡Usted lo dijo!

SIGMUND: Sí, yo lo dije ¡Y qué!

CARLOS: ¡Judío!

SIGMUND: ¿Y usted? ¡Judío y marxista más encima!

CARLOS: ¡Cállese, elitista!

SIGMUND: ¡Bolchevique!

CARLOS: ¡Metafisico!

SIGMUND: ¡Burócrata!

CARLOS: ¡Individualista barbón!

SIGMUND: ¡Feo colectivista!

CARLOS: ¡Usted desprecia el poder de las masas!

SIGMUND: ¡Qué saca usted, si desconoce absolutamente los más profundos secretos del hombre!

CARLOS: ¡Vanidoso! ¡Paranoico! ¡Megalómano!

SIGMUND: ¡Narciso! ¡Ególatra! ¡Egocéntrico!

CARLOS: Usted es un oscurantista, misticista ¡Usted es un idealista!

El griterío e intercambio de insultos llega a su máximo.

SIGMUND: ¿Idealista? ¿Yo? ¡Yo soy un positivista! ¡Usted no entiende, porque es un cabeza dura materialista!

CARLOS: ¡Idealista!

SIGMUND: ¡Materialista, le digo!

CARLOS: ¡Vil y pútrido idealista!

SIGMUND: ¡Materialista de pacotilla!

CARLOS: ¿De pacotilla? ¿Yo? ¡Y dialéctico, para que sepa!

SIGMUND: ¡Sí, claro! ¡Materialista dialéctico el huevón!

CARLOS: ¡Se cree psicoanalista el hijo de puta!

SIGMUND: ¡Eso sí que no! ¡No toque a mi mamá! ¡A un psicoanalista jamás se le saca la madre! ¿Me oyó?

CARLOS: No me hable ¿sabe? No me hable... No quiero saber nunca más de usted, yo que creí que podríamos hacer una buena pareja, como O'Higgins y San Martín... Como Sacco y Vanzetti... Como Quijote y Sancho...

SIGMUND: (Burlón). ¡Como Marx y Engels! ¿No?

CARLOS: Sí, exactamente, algo así...

SIGMUND: ¡Habríamos resultado como el gordo y el flaco, como Tom y Jerry!

Comienza una gresca al estilo de las disputas de los niños haciendo una pataleta. Progresivamente se dan empujones y manotazos hasta taimarse del todo.

CARLOS: Cállese, ¿quién se piensa que es?

SIGMUND: Usted no me va a hacer callar, ¿oyó?

Se insultan como niños que discuten quién dice la última palabra. Terminan los dos sentados en los extremos del banco totalmente amurrados. Lentamente deshacen la rabia contenida.

SIGMUND: En realidad... Yo no quise decir eso...

CARLOS: ¿Qué cosa?

SIGMUND: No sé, todo...

CARLOS: Pero... Soy yo quien debe disculparse...

SIGMUND: No, soy yo, yo fui grosero, me aproveché de mi rol, debía haber permanecido en total abstinencia, en neutralidad absoluta y fui grosero, vil y abusador, le ruego me perdone.

CARLOS: Sí, en realidad estuvo un poco grosero y abusador, sí...

SIGMUND: Cierto, y usted es un poquitín tosco e irritante. Supongo que como es de estructura medio primitiva no puede evitarlo.

CARLOS: Sí, algo así.

SIGMUND: En el fondo yo soy un hombre demasiado arrebatado. Me apasiono de tal forma... Toda mi vida, todo mi quehacer lo he dedicado a estudiar y entender estas pasiones que a veces me dominan totalmente, me consumen, señor Marx, como ahora...

CARLOS: Yo también me excuso, señor Freud, en realidad soy un tipo resentido, mezquino, brusco, que me dejo llevar por la violencia, por el vandalismo...

SIGMUND: No exagere, si todos tenemos una carga fanática, un impulso de muerte, una fuerza destructiva que a veces se nos impone, es natural...

CARLOS: Claro que sí (Retórico). Es consecuencia clara del sistema de relaciones de trabajo y la dialéctica ejercida entre...

SIGMUND: ¿Va a seguir con eso, señor Marx?

CARLOS: Perdón, está bien, señor Freud.

SIGMUND: Sepa que yo me arrepiento de verdad.

CARLOS: Reciba mis excusas.

SIGMUND: No se preocupe... Y es más (Vacila avergonzado). No sé cómo lo irá a tomar, pero en el fondo... Aquí (Se señala el pecho)... Yo lo aprecio ¿Sabe?

CARLOS: (También parece ruborizarse). ¿En serio?... Yo lo estaba echando de menos... Estábamos tan... Tan... Enojados...

SIGMUND: Sí, llegaba a dar pena vernos...

CARLOS: Tan solos.

SIGMUND: Tan solitos que estábamos y peleando, saltando como niños...

CARLOS: ¿No se da cuenta? Si en el fondo todos los hombres somos iguales.

SIGMUND: ¿Usted cree?

CARLOS: Claro, es la sociedad la que nos marca.

SIGMUND: Yo diría que si algo nos llega a marcar es la biografía, pero si usted insiste.

CARLOS: La cosa es que todos somos iguales, Sigmund.

Sigmund se pone de pie emocionado y extiende sus brazos hacia Carlos.

SIGMUND: ¡Carlos!

CARLOS: ¡Sigmund!

Se abrazan sinceramente conmovidos.

SIGMUND: Todo es culpa de mi historia familiar, ¿Sabe? Empezando por mi padre, él fue una figura tan dudosa, por decir lo menos. Le voy a contar una sola anécdota, una sola. Yo tendría unos diez o doce años y él me contó que una vez, antes, yendo por la calle al sabbaath, un gentil como él dijo, le tomó el sombrero, se lo tiró al barro y le dijo ¡Perro judío!, y ¿sabe lo que hizo mi padre ante tamaño insulto a él y a su raza? ¿Sabe lo que hizo? ¡Ni siquiera se defendió! ¿Se da cuenta?... Y además mi sobrino, mi compañero de juegos de infancia, después de él, ¿cómo decirle?... Nunca más pude dejar de ver en cada conocido un amigo y también un enemigo, toda la vida...

CARLOS: (Interrumpiéndolo). Sí, lo sabía, lo leí en el Die Traumdeutung.

SIGMUND: ¿Cómo?

CARLOS: En la interpretación de los sueños.

SIGMUND: Ah, sí, claro, es que hace tanto tiempo que no leo en alemán... Verá, Carlos, yo a usted lo envidio, sí, lo envidio... Porque usted sí que supo captar las

fuerzas de la historia, la verdadera propiedad de las cosas, cómo se destruía la identidad del hombre, su clase, su raza... Yo hubiera querido que mi padre...

CARLOS: No, no, Sigmund... Soy yo quien lo envidio a usted.

SIGMUND: ¿A mí? ¿Qué va a envidiar en mí, Carlos?

CARLOS: Envidio su medida, su perseverancia, su capacidad de trabajo...

SIGMUND: Esas son cosas neuróticas, nada más...

CARLOS: Sus modales, su elegancia, su porte vienés... Usted es todo un caballero, Sigmund, mientras yo, yo soy un roto, un rufián...

SIGMUND: Vamos, no dramaticemos.

CARLOS: No, si todo es culpa de mi mamá, ¿Sabe?...Ella era una mujer con aires de aristócrata, muy preocupada del orden y la limpieza, famosa en todo Teveris por sus manías... ¿Y sabe lo que me decía siempre? ¿Sabe lo que me decía? (Parodiando). "Hijito... ¿Por qué en vez de escribir El Capital mejor no amasas un capital?"... ¿Se da cuenta? ¡Una explotadora capitalista, eso era mi mamá! ¡Una explotadora capitalista!

SIGMUND: Pensar que ahora hay tantos problemas en el mundo por culpa de su mamá, ¿No?... Bueno, verá... Yo conocía esa anécdota tan personal de su vida... Tal vez sea una infidencia decirlo, pero me tocó atender algunos descendientes suyos en Londres en los primeros años de la guerra... Yo creo que ni siquiera se imagina cuán profundamente lo comprendo yo a usted, Carlos...

CARLOS: Sí, le creo, con usted me siento comprendido y acogido, Sigmund.

SIGMUND: Y es más, yo creo que juntos, como dice usted, nos vamos a sentir mucho mejor.

CARLOS: ¿En serio lo piensa así?

SIGMUND: Pero por supuesto, es cosa que nos mire nada más, almas gemelas, para ambos la historia del hombre es la historia de sus represiones de cualquier manera... Y antes estábamos tan solitarios los dos...

CARLOS: Años en esto, luchando como Quijotes.

SIGMUND: Y negando tontamente, neuróticamente diría yo, la existencia el uno del otro.

CARLOS: ¿Cómo pudimos prescindir el uno del otro?

SIGMUND: ¡El cosmos intrapsíquico!...

CARLOS: ¡Del macrocosmos extrapsíquico!

Se miran a los ojos.

SIGMUND: Yo ya no sé si pueda vivir sin ti, Carlos.

CARLOS: Y yo sin ti, Sigmund.

Se acercan los rostros. Cuando parecen a punto de besarse cantan a coro un bolero romántico. Terminan y retiran las caras, confundidos, pudorosos como jovencitas.
Pausa.

CARLOS: ¿Sigmund?

SIGMUND: ¿Carlos?

CARLOS: ¿Podría hacerle una pregunta?

SIGMUND: La que usted quiera. Yo ya no creo que pueda haber secretos entre nosotros.

CARLOS: ¿Qué hacía usted cuando trabajaba para ellos?

SIGMUND: ¿Pero por qué esa pregunta? ¿No cree que si vamos a iniciar una amistad sería mejor postergarla, digo yo, considerándolo un hecho pasado? Además es tan amargo, no tiene remedio.

CARLOS: No, Sigmund.

SIGMUND: ¿Lo siente muy importante? (Carlos asiente). Bueno, si lo piensa así (Afligido). La verdad es que yo... Interpretaba sueños... Lo que oye, interpretaba sueños, o sea, yo colaboraba en el interrogatorio, no lo piense mal, no lo tome así, se trataba de lograr la mayor información posible con la menor tortu... Con el menor dolor, quiero decir, de los interrogados... Era una forma de ayudar... A los prisioneros por su puesto... Era solidaridad por el dolor. ¿No cree?... Yo estaba ahí y tenía que hacer algo... Hice lo que sabía hacer...

CARLOS: ¡Cómo es posible! ¡Todo lo que usted descubrió lo puso al servicio de ellos!

SIGMUND: Sí, es verdad, pero era por ayudar... Entiéndame, estaba metido en el baile... Por lo menos yo hice algo... Hay gente que prefiere ni hablar del asunto, echarle tierra, dar vuelta la hoja... Pero ¿y usted?... Yo podría hacerle la misma pregunta, ¿No?... ¿Qué hizo usted cuando trabajaba para ellos?

CARLOS: ¿Quién? ¿Yo?

SIGMUND: Sí, usted.

CARLOS: Bueno, tonterías, cosas sin importancia...

SIGMUND: ¿Tonterías? ¡Todos hemos hecho tonterías! ¡Nos hemos pasado todos estos años haciendo tonterías! ¿Cuáles hizo usted?

CARLOS: Bueno, les escribía acrósticos, descifraba algún código, planeaba autogolpes... Algún confuso incidente... Presunto atentado, extraños sucesos... Y también interpretaba... Los acontecimientos, los diarios, la información, usted sabe, de los otros...

SIGMUND: ¡Yo que tanto admiré su cerebro, malgastado en eso!

CARLOS: ¡No lo tome a mal! ¡Yo también colaboré! Hay cosas que vi y no dije... Incluso entregué datos falsos.

SIGMUND: (Irónico). Usted también ¿no?

CARLOS: Sí, también.

SIGMUND: Pero eso no bastó para salvarnos... Según veo, ni sirvió para salvar a nadie... Ah, a veces yo pienso que lo único que realmente ayudaría sería atreverse... Tratar de volver a lo que éramos... Tratar de juntar coraje y volver a nuestros puestos, los sitiales que dejamos vacíos... ¡Y que siguen vacantes!... Ah, usted sobre todo, Carlos, debería volver... Ahora, cuando más se necesita una mente como la suya... Sí, usted debería volver con esos discursos encandilantes que eran como trenes cargados de banderas, esas palabras inflamables, esas frases explosivas y candentes llenas de una carga premonitoria que usted ni siquiera se imaginaba cuando las pronunció por primera vez... Ah, hay discursos suyos que todavía me sé de memoria... Uno sobre todo, que es como si lo hubiera dicho ayer... Lo tiene que recordar... Era magnífico, todavía sería actual, vigente, inmortal... Lo tiene que recordar, lo pronunció el... El... ¡El 24 de Julio de 1864! ¿Se acuerda?... Bah, si fue en St. Martin's Hall, en Londres... ¿Cómo se le va a olvidar? ¡Si fue el discurso inaugural de la Primera Asociación Internacional de Trabajadores, Carlos!... ¡La Primera Internacional! (Le canta al oído los primeros versos de "La Internacional")... ¡Yo mismo se lo voy a recordar!... Si la memoria me ayuda, claro está... Usted se debe haber puesto más o menos así (Se pone tras el respaldo del banco). Y debe haber dicho, si me perdona la versión, algo como... (Saca vozarrón de orador). "Las clases superiores de Europa han contemplado con desvergonzada satisfacción o con fingida piedad, o con estúpida indiferencia, la invasión por los rusos del reducto montañoso del Cáucaso o el asesinato de la heroica Polonia" (A Carlos). ¿Se da cuenta? ¡Usted hablaba de los rusos en Polonia hace más de ciento veinte años!... Y seguía... (Retoma el Orador). "Las intrusiones enormes, jamás contrarestadas, de ese bárbaro poder cuya cabeza está en San Petersburgo y sus activas manos en todas las cancillerías europeas, han enseñado a los trabajadores que tienen un deber: penetrar en los misterios de la política internacional, vigilar las maniobras de sus gobiernos respectivos, oponerse a ellas si es preciso... Y bajo todos los medios a su alcance ¡Denunciarlos! Y reivindicar las leyes elementales de la moral y de la justicia. ¡Esa es la primera labor de los trabajadores!" (Carlos solloza. Sigmund, embelesado, no se percata del quiebre). ¡Qué maravilla! ¡Cómo debe haber surgido el aplauso de todos esos trabajadores de Europa juntos por primera vez! (a Carlos). Pero, ¿qué le pasa? Ah, está emocionado, claro que está emocionado, si hasta a mí se me quiebra la voz al decirlo... Tiene que volver, Carlos, tiene que volver con esas frases, ese mismo discurso puede ser terrible en su efecto, tiene que volver ¿me oye? Pronto, ahora, de inmediato. Usted no sabe lo que han hecho con su nombre, Carlos. Vamos, iremos a las radios, a las revistas, a la televisión si es necesario. Vuelva, ahora, con esas mismas frases, ¿ya?

CARLOS: (Poniéndose de pie furioso). ¡Basta!... ¡Si eso de Polonia lo decía hasta el maldito Romero! ¿No se da cuenta?... ¡Nos han robado hasta las palabras!... (Sigmund baja la cabeza afectado)... ¿Y las tuyas?

SIGMUND: ¿Las mías? ¿Qué pasa con las mías?

CARLOS: “El hombre de las ratas”, “El hombre de los lobos”, “El caso Dora”, “El pequeño Hans”...

SIGMUND: Son libros míos... ¿Qué pasa con ellos?

CARLOS: ¿No sabía acaso que el gordo Romero se masturbaba cuando leía sus historias clínicas? ¿O que justificaba cualquier cochinada que hacía con ellas? ¡Sacaba ideas incluso!

SIGMUND: Sí, lo sé, estuve ahí.

CARLOS: ¡Yo también estuve ahí! ¡Todos estuvimos ahí de una manera u otra!... Pero ¿dónde deberíamos estar? ¿Ah? ¿Dónde?

SIGMUND: Bueno, yo creo... (Balbuceante, anonadado por el discurso intenso de Carlos).

CARLOS: Deberíamos estar en los estrados, ¿no? Deberíamos estar en los escenarios... En las universidades deberíamos estar. ¡En los parlamentos! ¡Ahí deberíamos estar! ¡En los parlamentos! Pero ¿dónde estamos?... ¡Estamos aquí! (Golpea el banco). ¡En este banco! ¡Aquí nos han empujado! ¡No quite la vista! ¡Míreme! ¡Mírese!... ¡Nos han convertido en caricaturas! ¡En seres obscenos! ¡Obscenos!... ¿Se da cuenta ahora por qué tenemos que hacerlo juntos?

SIGMUND: ¿Juntos?

CARLOS: Sí, y ahora es inevitable. No nos han dejado otra alternativa.

SIGMUND: Es el destino ¿no?

Tensa pausa. Sigmund tiembla frenando un sollozo.

CARLOS: Sepa que ha sido muy hermoso haberlo conocido... Como amigo.

SIGMUND: ¿Como amigo? (Carlos asiente). Me gusta como suena... Hace mucho tiempo que nadie me decía así.

CARLOS: Pues yo se lo digo de verdad... Aunque sea demasiado tarde, Sigmund.

SIGMUND: Yo se lo agradezco de todas maneras, Carlos (Llora).

Carlos salta a su posición. Sigmund lo sigue sobresaltado. Miran al frente. Rígidamente.

CARLOS: El auto.

CARLOS: ¿Se sabe el del cuidador de autos?

SIGMUND: ¿Quiere que lo haga yo?

Carlos asiente. Sigmund se pone de pie y saca un paño amarillo y sucio de los que usan para limpiar los parabrisas y vocea al supuesto auto que se estacione. Carlos lo detiene con un gesto.

CARLOS: Ya está bien, ya pasaron... La próxima vez yo hago el cuidador y usted puede hacer el...

SIGMUND: El vendedor de paraguas retractiles.

CARLOS: Y yo el manicero...

SIGMUND: Y yo puedo hacer ¿sabe? (Con entusiasmo candoroso)... Puedo hacer uno especial, uno que usted no conoce. Lo inventé yo... Y se lo voy a hacer ahora, dedicado a usted. Mire, es con un poco de música y zapateo americano. Usted sabe, a mí siempre me gustó mucho el teatro... Se trata de un músico callejero con una peinetita envuelta en celofán que baila más o menos así...

Empieza a bailar, pero lo interrumpe el sonido de una banda de niñas cantando un himno que viene desde el colegio.

CARLOS: El himno.

SIGMUND: Está terminando la ceremonia... Ya van a salir las niñas. Parece que se nos acabó el tiempo, Carlos... Habrá que actuar (Dubitativo, tratando de darse valor). Vamos, Carlos.

CARLOS: (Lo tira de la manga para que se siente). Espere.

SIGMUND: ¿Qué le pasa ahora?

CARLOS: No sé. De repente me dio miedo.

SIGMUND: ¿Miedo? ¿Usted con miedo?

CARLOS: No sé, parece que me hizo mal el psicoanálisis, no sé...

SIGMUND: A estas alturas el miedo no nos sirve para nada, Carlos, hay que hacer lo que vinimos a hacer.

CARLOS: Pero ¿será necesario? ¿Tendrá algún sentido?

SIGMUND: No lo sé, pero ya no creo que sirvamos para otra cosa, así que es mejor que se calme, para que por lo menos esto nos salga bien.

CARLOS: Tiene razón. No se preocupe... Va a salir mejor, mucho mejor.

SIGMUND: No lo dudo, con ese tremendo calibre que usted se gasta... (Ríe picaresco).

CARLOS: Bueno, usted prefiere calibre pequeño... Debe ser un gran tirador.

SIGMUND: La pequeñez siempre se ha suplido con habilidad y puntería. ¿No es así?... Vamos, póngase de pie y ábrase el impermeable.

Ambos de pie avanzan hacia el colegio.

CARLOS: Ahí vienen las niñas...

SIGMUND: Sí, están abriendo la reja... Oiga, ¿Usted es realmente Carlos Marx?

CARLOS: ¿Cómo? ¿Acaso usted no es realmente Sigmund Freud?

SIGMUND: ¿Y si no lo fuera?... ¿Seguiría considerándome su amigo?

CARLOS: (Sonríe). Quizás eso no sea lo más importante ahora ¿no le parece?

SIGMUND: Sí, a quién le va a importar después... ¿Vamos?

CARLOS: Vamos... Ahí vienen los ministros.

SIGMUND: Apunte bien... Buena suerte, Carlos.

CARLOS: Buena suerte, Sigmund.

SIGMUND: Uno...

CARLOS: Dos...

SIGMUND: ¡Tres!

Ambos sacan sendas pistolas. Carlos, una *Mágnium* o una *Parabellum*, grande y potente. Sigmund, un revólver pequeño. Apuntan en posición profesional dando un grito largo y gutural. Quedan inmóviles, congelados al callar, como estatuas. Tras unos segundos, oscuridad total.

Fin de la *Secreta Obscenidad de Cada Día*